
CURSO DE VERANO 2026

“AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XXI: TENDENCIAS POLÍTICAS, ECONÓMICAS Y SOCIALES” DR. LISANDRO DEVOTO | UNAM

En la primera década del siglo XXI, América Latina vivió una coyuntura excepcional. En el plano político, una seguidilla de victorias electorales de fuerzas identificadas con la izquierda —la llamada “marea rosa”— reconfiguró la agenda pública en torno a inclusión social, reducción de desigualdad y un Estado más activo. En lo económico, el ascenso de China y el “superciclo” de materias primas fortalecieron términos de intercambio y expandieron el espacio fiscal en varios países, especialmente sudamericanos. Ese contexto facilitó aumentos del gasto social, mejoras en ingresos laborales y ampliación de transferencias, con descensos notorios de pobreza y avances hacia una región “más de clase media”. Sin embargo, el mismo patrón tuvo límites: la dependencia de rentas extractivas y la baja diversificación productiva volvieron frágiles los logros cuando cambiaron los precios internacionales; además, emergieron tensiones socioambientales, conflictos distributivos y dinámicas rentistas que, en algunos casos, favorecieron corrupción, concentración de poder y debilitamiento institucional.

A lo largo del curso analizaremos estas transformaciones y, también, por qué muchas tendencias se revirtieron en la década siguiente. Sería simplista atribuir el deterioro únicamente al retorno de gobiernos de derecha: la desaceleración regional se incubó con el fin del superciclo de materias primas y la menor tracción de China, reduciendo el margen fiscal y revelando vulnerabilidades previas. En varios casos, los gobiernos de izquierda dejaron una herencia ambivalente: avances sociales reales, pero también economías poco diversificadas, rigideces presupuestarias, conflictos con élites y, en ciertos países, deterioro de credibilidad por

escándalos de corrupción y disputas institucionales. Esa combinación ayuda a explicar por qué parte del electorado optó por alternancias hacia la derecha, muchas veces con promesas de “normalización” macroeconómica y anticorrupción. A su vez, los gobiernos de derecha enfrentaron restricciones estructurales (bajo crecimiento, desigualdad persistente, informalidad) y, cuando recurrieron a ajustes o reformas impopulares, no pocos países vivieron protestas y mayor desconfianza hacia la representación política.

La pandemia de COVID 19 operó como una verdadera “prueba de estrés” para los Estados latinoamericanos, revelando cómo gobiernos de diferentes orientaciones políticas enfrentaron la crisis con capacidades estatales, niveles de coordinación y estructuras productivas profundamente disímiles. La heterogeneidad ideológica no determinó por sí sola los resultados: el impacto socioeconómico estuvo amplificado por la elevada informalidad, las brechas de protección social y desigualdades preexistentes, mientras que en el plano sanitario se observaron marcadas variaciones en mortalidad, mensajes presidenciales y grados de polarización. Al mismo tiempo, la pandemia constituyó un punto de inflexión que expuso debilidades estructurales y obligó a expandir el gasto público en magnitudes inéditas, generando efectos sociales persistentes y una recuperación desigual, caracterizada por empleo precario y pobreza sostenida. El escenario posterior, condicionado por inflación importada, mayores costos de financiamiento y creciente endeudamiento, tensionó a los gobiernos entre mantener la protección social y avanzar en la consolidación fiscal, alimentando así el malestar ciudadano, la volatilidad política y la emergencia de nuevas coaliciones y experimentos partidarios bajo restricciones más severas que en el ciclo de auge previo.